

preciosos recursos de sus rebaños, si algunos actos de depredación no hubiesen trocado su confianza en hostilidad.

La primera noche pasada en territorio enemigo fué penosa: á la caída de la tarde arreció el viento, que pronto se convirtió en huracán, y los ingleses, mal provistos de efectos de campamento y no acostumbrados á la vida de campaña, fueron los que sufrieron más. En la mañana del 15 desembarcó la cuarta división, pero con mucha lentitud á causa de la marejada; después fueron conducidos á la playa los caballos, el material y el resto de la artillería, operación larga que no terminó hasta la tarde del siguiente día. En cuanto á nuestros aliados, tenían más bagajes que nosotros, y además una numerosa caballería; por esto su desembarco no concluyó hasta el 18. En el entretanto los soldados que se habían quedado en el campamento comenzaban á ensayarse con privaciones bastante duras para la guerra que comenzaba: el agua y la madera, estos dos elementos indispensables en un buen vivaque, escaseaban; en la playa de Old-Fort las noches eran frías y húmedas; y finalmente habíanse presentado algunos casos de cólera que causaban gran inquietud en el ánimo de los jefes. A pesar de estas incomodidades y de estos desengaños, el estado moral de los expedicionarios era bueno, hasta excelente: todos se felicitaban de haber abordado á aquella tierra de Crimea; todos esperaban con impaciencia la hora de emprender la marcha; todos se alegraban con la perspectiva de un próximo combate, y ninguno dudaba de que este combate sería un triunfo.

Los rusos, aunque invisibles hasta entonces, no permanecían inactivos. El día 13 de septiembre, el telégrafo instalado en el promontorio de Lukul había señalado la aproximación de la flota aliada que acababa de doblar el cabo Tarkhán, y al anochecer había llegado á Sebastopol un mensajero cosaco despavorido, anunciando que los buques enemigos eran «tan numerosos que no podían contarse (1).» Esta noticia, á la que los rusos debían haber estado preparados, causó, sin embargo, alguna sorpresa, porque, á pesar de que las indiscreciones de la prensa británica habían dejado presentir una irrupción en Crimea, los jefes rusos creían poco en tal empresa y la juzgaban temeraria, teniendo en cuenta que los recursos del país no permitirían á un ejército numeroso vivir en él. A medida que había ido avanzando la estación había parecido más improbable la realización de aquel plan; pero todas esas previsiones habían salido fallidas y había sido menester apercibirse á toda prisa á la defensa. En presencia de tal desembarco, la situación del príncipe Menschikof, comandante en jefe de las fuerzas moscovitas, era grave y podía llegar á ser crítica, porque, sea por exceso de confianza, sea por la necesidad de cubrir con igual cuidado toda la extensa línea de las fronteras rusas, lo cierto era que Crimea no estaba mejor guarnecida de tropas que las restantes provincias del imperio. Menschikof no tenía á sus órdenes directas ó á las de su lugarteniente el general Khomotof más que 51.000 hombres, y no concentrados en un solo punto, sino diseminados hasta los extremos de la península; á estas fuerzas había

(1) Todleben, *Defense de Sebastopol*, primera parte, pág. 152.

que añadir 18 ó 20.000 marineros, pero éstos ó estaban retenidos á bordo ó se consideraban indispensables para la defensa de Sebastopol. En cuanto á la escuadra, aunque fuerte y animada de la más valerosa energía, hubiera sido imprudente oponerla á las flotas aliadas á causa de la inferioridad de su armamento.

El general en jefe adoptó muy pronto una resolución: comprendiendo que llegaría demasiado tarde para oponerse al desembarco, y no sabiendo además el sitio exacto en donde éste se realizaría, decidió no impedir que el enemigo tomara tierra, sino situarse con el grueso de su ejército delante de Sebastopol y cerrar á los invasores el camino que á la plaza conducía. Los aliados, para llegar á la orilla septentrional de la rada, habían de atravesar cuatro corrientes de agua: el Bulganak, que no es más que un arroyo; el Alma, algo más caudaloso; el Katcha y el Belbek; y el príncipe Menschikof resolvió esperar á sus adversarios en las alturas que dominan el Alma, y sin pérdida de momento envió estafetas á Simferopol, á Theodosia, á Perekop y aun á Kertch, á fin de concentrar sus batallones y de juntar á su lado hasta los menores destacamentos disponibles. Una vez dadas estas órdenes, salió de la ciudad y se dirigió á la posición que había escogido, en donde se le reunieron, en los días 16, 17 y 18 de septiembre, los refuerzos pedidos á todas partes, que acudieron á marchas forzadas; el 19 llegó procedente de Kertch el regimiento de Moscou, que en cinco días había recorrido casi setenta leguas á fin de llegar á tiempo para tomar parte en el combate (2). Gracias á estos refuerzos sucesivos, Menschikof logró reunir 42 batallones de infantería y 27 escuadrones de caballería ó *sotnias* de cosacos, formando un total de 40.000 hombres con 96 cañones.

Mientras Menschikof se disponía para la lucha, los aliados habían terminado al fin la operación laboriosa del desembarco. El 19, al rayar el alba, levantaron los vivaques, y siguiendo la costa se encaminaron hacia el Sur, en tanto que los buques de las dos escuadras se desplegaban paralelamente á poca distancia de la orilla, ofreciendo el espectáculo extraño de dos ejércitos y dos armadas que marchaban al combate con un mismo frente. La llanura que atravesaban las tropas era árida y desierta; apenas si se distinguían á lo lejos algunos exploradores enemigos que se retiraban al acercarse nuestros soldados. A las dos de la tarde llegaron los aliados á Bulganak, en donde el espectáculo cambió de repente: á unos siete kilómetros de distancia veíanse los campamentos rusos de las colinas que se alzaban en la margen izquierda del Alma. Era demasiado tarde para precipitar el ataque; así es que en el resto de la jornada no hubo más que un inofensivo cañoneo y una ligera escaramuza de caballería; pero todo el mundo comprendió que al día siguiente se trabaría la batalla.

II

El Alma corre de Este á Oeste y, salvo algunas sinuosidades, sigue una dirección perpendicular á la costa; en la orilla derecha forma una planicie bastante ancha, de pendiente casi insensible, con grupos de árboles, jardines y viñedos, y no lejos del río distinguen-

(2) Todleben, *Defense de Sebastopol*, primera parte, pág. 166.

se tres caseríos ó aldeas que son: Tanckhanlar, en la parte superior del valle; Burliuk, situada más abajo y oculta entre la vegetación, y finalmente Almatamak, que sólo dista del mar mil seiscientos metros. Muy distinto es el aspecto de la margen izquierda que se comunica con la derecha por un puente construído cerca de Burliuk y por varios vados: apenas salvada la orilla, se encuentra una larga cadena de colinas que desde Tanckhanlar hasta cerca de Almatamak tienen una pendiente bastante suave y que delante de Burliuk se abren formando una especie de torrentera por donde pasa la carretera de Eupatoria á Sebastopol. Pero en las cercanías de Almatamak esas colinas se elevan bruscamente en forma de abrupto ribazo que domina el lecho del río; á lo largo de estas escabrosas vertientes corren algunos senderos practicados por los pastores y que se consideran inaccesibles á la infantería en marcha y sobre todo á los carros y á la artillería. Las alturas se elevan aún más á medida que se aproximan al mar, y al fin, oprimidas entre la desembocadura del Alma y el Euxino, terminan en un promontorio acantilado cuyas primeras gradas cubren de espuma las olas empujadas por la brisa.

Esta configuración del terreno determinaba el plan de los rusos y este plan no exigía grandes combinaciones estratégicas. El príncipe Menschikof, dueño de las alturas, no tenía ni podía tener más que un objetivo, á saber: impedir que los aliados pasaran el Alma, precipitarlos en la torrentera si intentaban escalar la meseta y cerrarles de este modo el camino de Sebastopol. Desde lo alto de la colina en que estaba había visto cómo el ejército anglo-francés, que llegaba por el Norte, avanzó primeramente por la llanura, renunció después á una ofensiva inmediata y se instaló por último á orillas del Bulganak; y convencido de que al día siguiente sería atacado, había ejecutado inmediatamente sus últimos preparativos. Sus tropas, algo menos numerosas que las de los aliados, veían compensada esta inferioridad con la excelencia de sus posiciones. El príncipe confió la defensa de su extrema izquierda á un solo batallón, el segundo batallón de Minsk, apostado en la aldea de Aklese, distante un kilómetro aproximadamente del mar; y más al Este, entre Almatamak y Burliuk, escalonó los regimientos de Bialostok y de Brest, apoyados por el de Tarutino. Pero donde concentró la mejor parte de sus fuerzas fué á ambos lados del camino de Eupatoria á Sebastopol: una formidable artillería quedó encargada de defender la entrada de la carretera; á la izquierda situó el regimiento de Borodino, á la derecha los del gran duque Miguel y de Suzdal, y algo más atrás los de Vladimiro y Uglitch. Tres batallones del regimiento de Minsk, todo el regimiento de Moscou y una brigada de húsares formaron la reserva general. Algunos destacamentos de tiradores y de cosacos bajaron al valle y fueron distribuídos en las inmediaciones del río á fin de disputar el paso de éste al enemigo. Como se ve, el general en jefe ruso, tan atento en cubrir su derecha, dejaba, en cambio, casi del todo desguarnecida su izquierda; en la creencia de que por este lado le protegían suficientemente las escarpas que se extienden desde Almatamak al mar y plenamente confiado en estas fortificaciones naturales, consideraba inútil acumular allí cañones ó soldados.

El plan de los aliados era tan sencillo en cuanto á la agresión como el de los rusos para la defensa; consistía en envolver las dos alas del enemigo y aplastarle luego por medio de un ataque de frente. En la extrema derecha, el general Bosquet, adelantándose al resto del ejército, había de dirigirse rápidamente al Alma, atravesarlo no lejos de su desembocadura, subir las pendientes costara lo que costase, y caer de improviso sobre la izquierda de los rusos, envolviéndola y arrojándola hacia el centro. Una vez acentuado este movimiento, la división Canrobert y la del príncipe Napoleón, apoyadas por una parte del ejército inglés, pasarían el río, escalarían las alturas entre Almatamak y Burlink y darían el ataque principal. Mientras, el resto del ejército británico, que formaba el ala izquierda de nuestra línea, se esforzaría por envolver la derecha enemiga y asegurar de este modo el éxito de la jornada. La división Forey quedaría de reserva, dispuesta á apoyar, según lo exigieran las circunstancias, las columnas demasiado débiles ó que estuvieran en peligro. El mariscal Saint-Arnaud había enviado en la tarde del 19 á sus generales de división un calco del orden de batalla. Los soldados, por otra parte, habían sentido y adivinado ese plan tan sencillo, cuyas probabilidades de éxito discutían con alegre animación agrupados á la caída de la noche en torno de las hogueras del vivaque, indicándose uno á otros los fuegos de los campamentos rusos, que como puntos brillantes iluminaban las colinas, y tratando de calcular por el número de éstos el de sus enemigos; y aunque su imaginación les llevaba á cálculos exagerados, no por ello se asustaban y antes bien confiaban en que al día siguiente dormirían vencedores en la meseta.

A los primeros toques de diana, las tropas de la división Bosquet, muy orgullosas del papel que la confianza del general en jefe les señalaba, se levantaron y se apercibieron á partir; á las siete, después que se hubo disipado algo la niebla, abandonaron las orillas del Bulganak y con paso alegre se encaminaron hacia el Alma. Distaban sólo dos kilómetros de este río cuando llegó á toda prisa un edecán del general ordenando que se detuvieran porque los ingleses no estaban preparados; esta orden fué obedecida no sin cierto disgusto, y á medida que el alto se prolongaba, crecía la impaciencia. Eran ya las once y media cuando las tropas se pusieron nuevamente en marcha. La división se distribuyó en dos columnas, y mientras la brigada Autemarre se dirigía hacia Almatamak, en donde nuestros exploradores habían descubierto un vado, la otra, la de Bouat, inclinóse hacia el mar á fin de atravesar el río, cerca de su desembocadura, por un banco de arena cuya existencia había indicado una canoa de la escuadra. Los rusos podían observar esta maniobra desde sus posiciones dominantes, pero no se preocupaban de ellas y juzgaban que por este lado estaban bien defendidos por la naturaleza: todo aquel movimiento les parecía una simple diversión y ponían todo su cuidado en vigilar nuestro principal cuerpo de ejército que hasta entonces había permanecido inmóvil á tres kilómetros detrás del Alma.

En el entretanto, la brigada Autemarre, que había llegado cerca de Almatamak y á la que el enemigo no podía ya ver por ocultársela las escabrosas vertientes de la cercana orilla, comenzaba á pasar el Alma: los soldados del 3.º de zuavos fueron los primeros en pasar el vado

y lo pasaron con extraordinario ardor; aquella ascensión que los rusos, pesadamente equipados y acostumbrados á la llanura, creían imposible, era relativamente fácil para hombres habituados desde larga fecha á los senderos de las montañas africanas, y resultaba un espectáculo hermoso el de aquellos robustos y ágiles infantes escalando las pendientes, ayudándose unos á otros, agarrándose á las hierbas y á los matorrales y aprovechándose de las sinuosidades del terreno. Después de ellos pasaron los tiradores argelinos y el 50.º de línea; mas lo difícil era abrir un paso á la artillería, empresa que aun los más audaces dudaban de que pudiera llevarse á cabo, no obstante lo cual, por un verdadero milagro de valor y de energía se logró subir varias piezas á lo largo de los declives. De pronto, ante los rusos estupefactos aparecieron en la cumbre de la colina los zuavos, que con un fuego muy vivo pusieron en fuga á los centinelas del enemigo; y en un instante, los tiradores argelinos y los soldados del 50.º escalaron las últimas alturas y las piezas de artillería arrastradas hasta allí no tardaron en ponerse en línea. En aquel mismo momento, la brigada Bonat, que se había retrasado en el paso del vado del banco de arena, aparecía en la extrema derecha y comenzaba á escalar los escarpados peñascos próximos al mar. El segundo batallón del regimiento de infantería de Minsk, que era la única fuerza rusa que ocupaba aquellas posiciones consideradas inaccesibles, acudió presuroso desde la pequeña aldea de Aklese; pero, desconcertado por la visión fantástica de aquellos enemigos inesperados y por los estragos que nuestras armas de largo alcance causaban en sus filas, no tardó en retroceder, y muy pronto, emprendiendo la huida, arrojóse sobre las reservas rusas perseguido por los tiros de nuestra artillería y por los proyectiles que la escuadra, situada no lejos de la costa, enviaba hasta los extremos de la meseta.

Desde la posición que ocupaba detrás del Alma, Saint-Arnaud había visto á los zuavos escalar la colina, y cuando éstos desaparecieron al otro lado de las crestas, había escuchado lleno de ansiedad el fuego de fusilería de los tiradores. En seguida oyóse el estampido del cañón, pero nadie podía creer apenas que nuestra artillería tomara ya parte en el combate. «¿Son cañones franceses? ¿Son cañones rusos?» preguntaban los oficiales de Estado mayor agrupados en torno del comandante en jefe; pero éste exclamó con acento de alegría: «Os digo que es la artillería de Bosquet que ocupa las alturas.» Y luego, escudriñando el espacio con su antejo, añadió: «Veo los pantalones rojos. ¡Ah! Distingo perfectamente á mi viejo Bosquet de África (1).» Entonces reunió á sus generales y les dió sus últimas instrucciones. Al oír los cañonazos, sus fuerzas desfallecientes se habían reanimado, su voz era firme como en sus mejores días y en su rostro brillaba una confianza radiante, último y conmovedor destello de su alma guerrera: con un gesto señaló á sus oficiales la corriente del río y las colinas que cerraban el horizonte, y les dijo: «Señores, esta batalla se llamará la batalla del Alma.» Era la una del día y en seguida comenzó el ataque de frente.

La primera división, á las órdenes del general Canrobert, estaba situada á la derecha; la tercera, mandada

(1) Fay, *Souvenirs de la guerre de Crimée*, pág. 64.

por el príncipe Napoleón, á la izquierda: esta última, según el plan convenido, había de estar en contacto con la derecha inglesa, pero sólo lo estaba imperfectamente á causa del retraso de nuestros aliados. Las dos divisiones francesas avanzan simultáneamente hacia el Alma; sin embargo, esta vez los rusos han previsto el ataque y están preparados para rechazarlo, y numerosos tiradores, resguardados por los grupos de árboles, las paredes de cerca y los jardines que hay á lo largo del río, rompen un nutrido fuego contra las cabezas de nuestras columnas, al mismo tiempo que una batería instalada al borde de la meseta lanza sobre la llanura una lluvia de proyectiles. Abrasadas por ese fuego mortífero, nuestras tropas se paran; pero la artillería de la primera y tercera divisiones arroja á su vez sus balas en los barrancos, obliga á los tiradores enemigos á replegarse en el ribazo izquierdo, y atrayendo sobre sí la atención de los rusos permite al resto del ejército avanzar hasta el Alma. Los soldados dejan en tierra sus mochilas, y después de sondear con ramas de árboles el río, penetran intrépidamente en él por dondequiera que les parece vadeable. A cosa de las dos de la tarde, la tercera división pasa el río no lejos de Burliuik; en cuanto á la división, hállase ya casi por entero en la orilla izquierda algo más arriba de Almatamak, y sus batallones suben ya por las alturas y tuercen hacia la derecha á fin de ayudar á la división Bosquet.

Ya era tiempo. Cuando se anunció al príncipe Menschikof la aparición de Bosquet en las alturas próximas á la desembocadura del Alma, no quiso al pronto dar crédito á la noticia y únicamente se había convencido de la certeza de la misma al oír el estampido del cañón. Entonces el comandante en jefe ruso, comprendiendo la magnitud del peligro, habíase apresurado á reforzar su flanco izquierdo que, en su exceso de confianza, había dejado casi descubierto; y á medida que las brigadas Autemarre y Bonat tomaban posiciones, nuevas tropas rusas desembocaban por la parte occidental de la meseta. Apareció primero una batería de artillería ligera que, habiendo llegado antes que la infantería á la cual debía apoyar, perdió en pocos instantes la mitad de su efectivo, y luego se presentaron cuatro batallones del regimiento de Moscú apoyados por otra batería. Poco después, el príncipe Menschikof, que visitó personalmente el teatro de la lucha, resolvió hacer un nuevo esfuerzo y dió orden de que se sacaran de la reserva general tres batallones del regimiento de Minsk, cuatro escuadrones de húsares y dos baterías de cosacos, á fin de llevar un socorro decisivo á las tropas que ya habían empeñado combate. Afortunadamente para nosotros, aquellas fuerzas llegaron por secciones, de suerte que su choque, al dividirse, se amortiguó; esto no obstante, nuestro pequeño cuerpo de ejército, que se había aventurado en la meseta y no tenía retirada posible, hallábase en una situación casi tan crítica como gloriosa. Si continuaba introduciéndose en el flanco de los rusos, aseguraría el triunfo; pero si flaqueaba, no tenía otra perspectiva que ser acorralado de escarpe en escarpe y arrojado al fin al valle sin ninguna probabilidad de salvación. Las fuerzas rusas no eran más numerosas que las nuestras; pero nuestras doce piezas de artillería apenas podían sostener la lucha contra las cuarenta que el enemigo había llevado á aquella parte del campo de

batalla. El general Bosquet, al recibir la vispera las órdenes del comandante en jefe, habíale contestado: «Podéis contar conmigo, pero acordaos que no puedo dejarme aniquilar más de dos horas (1).» Ahora bien: el cansancio era grande y sobre todo se agotaban las municiones, y Bosquet, con angustia creciente, miraba hacia la llanura esperando el ataque principal, que haría menos ardua su tarea; se comprenderá, por consiguiente, cuál fué su alegría cuando oyó á su izquierda, sobre Al-

ción, y después de haber perdido á la mayor parte de sus jefes, se ven obligadas á retirarse detrás de las alturas y á retroceder hasta una estación telegráfica que señala el centro de las posiciones rusas. Trábase allí un último y sangriento combate; pero finalmente en lo alto de la torre ondean la bandera del 1.º de zuavos y luego la del 39.º de línea, signo de la victoria, que ya no intentan disputarnos los rusos.

Nuestro ejército había realizado su misión; no así el



Batalla de Alma

matamak, los toques de corneta de los zuavos de la primera división y cuando vió invadir la meseta á los primeros batallones del general Canrobert.

Era el esperado socorro y con el socorro la garantía casi cierta de la victoria. En aquel mismo instante, una feliz inspiración del mariscal Saint-Arnaud acabó de asegurar el éxito: en efecto, el comandante en jefe, considerando que había llegado la hora de echar mano de sus reservas, envió al general Forey la orden de que auxiliara con una de sus brigadas á Bosquet y apoyara al general Canrobert con la otra. Desde aquel momento las probabilidades de la batalla volviéronse decididamente contra los rusos, quienes envueltos en el flanco izquierdo, rebasados en el centro y amenazados por las reservas francesas, se fueron retirando paso á paso y no sin terribles tentativas para avanzar de nuevo, pero retrocediendo al fin. En vano los regimientos de Minsk y de Moscú, que se retiraban oblicuamente, tratan de hacer frente á la vez á las divisiones Bosquet y Canrobert; los esfuerzos de aquellas valientes tropas prolongan la resistencia, pero no modifican el sesgo de la ac-

de nuestros aliados. A consecuencia, no de un acuerdo imperfecto, sino de circunstancias fortuitas, los ingleses libraron aquel día una batalla casi-distinta de la nuestra, no menos gloriosa, pero más sangrienta y por más tiempo indecisa. El día antes habían llegado al vivaque ya de noche, y á la otra mañana era ya muy entrado el día cuando salieron del campamento. A causa de la lentitud de sus movimientos habíase establecido una solución de continuidad entre la división Lacy-Evans, que formaba su derecha, y la del príncipe Napoleón, que formaba la izquierda francesa, no tardando en encontrarse ambos cuerpos completamente separados. El peligro de este aislamiento aumentó con el peligro del mismo ataque: según el plan general, los esfuerzos de los ingleses debían dirigirse especialmente contra la derecha de los rusos, y su principal objetivo había de ser la ocupación de las alturas que encima y más arriba de Burliuik dominaban la carretera de Eupatoria á Sebastopol: ahora bien; se recordará que los rusos habían concentrado sus mejores fuerzas en este extremo de su campo de batalla; allí estaban agrupados los regimientos del gran duque Miguel, de Vladimiro, de Suzdal y de Utglitch, y allí se hallaban escalonadas en las coli-

(1) Fay, *Souvenirs de la guerre de Crimée*, pág. 58.

nas numerosas baterías. A la una y media, las tropas inglesas se habían puesto en marcha hacia el Alma, ofreciendo un conjunto admirable por su solidez y sangre fría, y moviéndose lentamente, con cierta rigidez y en apretadas filas como si maniobraran en los céspedes de Hyde-Park. Apenas estuvieron á tiro de cañón, fueron recibidas por los proyectiles enemigos que, al caer sobre aquellas compactas masas, derribaron filas enteras. Desplegaron entonces los ingleses en una sola línea y se acercaron al río, pero teniendo que vencer para ello toda clase de obstáculos, pues los ribazos hallábanse obstruidos por árboles derribados y numerosos tiradores defendían todos los alrededores de la aldea de Burluik. Después de cruzar el Alma, los regimientos británicos intentan escalar las alturas, las ocupan, son arrojados de ellas y vuelven á ocuparlas, dejando sembrados de muertos y heridos los barrancos; la ventaja que obtienen débese á la precisión de sus armas de fuego y de sus disparos. Por fin, á las cinco de la tarde quedan dueños del campo de batalla, y reuniéndose con los franceses mezclan sus hurras con las aclamaciones de nuestros soldados, instalados ya en las conquistadas posiciones.

Al atardecer, Saint-Arnaud y lord Raglán recorren la meseta, tratando de medir la importancia de la victoria y calculando también, por desgracia, las pérdidas sufridas. Los franceses tenían unos 1.300 hombres fuera de combate, de ellos 300 muertos ó heridos mortalmente (1); los ingleses, más maltratados, habían tenido entre muertos y heridos 2.000 bajas. Por lo que toca al enemigo, había dejado 1.800 cadáveres en el campo, y el número de sus heridos excedía de 3.000 (2). Al extremo meridional de la llanura veíanse desaparecer los batallones rusos que se dirigían hacia el Katcha y cuyas oscuras masas se confundían con las sombras de la noche que avanzaba. Una persecución inmediata y activa habría completado sin duda la victoria y habría convertido en desbandada la derrota de nuestros adversarios; pero nuestra caballería habíase quedado en Varna por falta de medios de transporte, y en cuanto á los infantes, no habían comido desde la mañana y estaban extenuados; además muchos de ellos habían descendido á las orillas del Alma para recoger las mochilas que allí se dejaran. Al cerrar la noche se instalaron las tiendas de campaña, y después, mientras todo reposaba en el campamento, Saint-Arnaud dictó para su soberano el primer parte de una victoria del segundo Imperio. Presa de una sobrexcitación febril que no había de ceder sino para entregarle inerte á la muerte, no dudaba de sí mismo, ni de sus soldados, ni, sobre todo, de un nuevo y próximo triunfo; y al día siguiente y al otro sentía aún la misma confianza: «Dentro de tres días, escribía en 22 de septiembre, estaré delante de Sebastopol (3).»

III

A la una, el telégrafo del cabo Lukul había comunicado á Sebastopol que iba á trabarse la batalla, noticia que fué muy pronto confirmada por el cañoneo; á las

(1) *Correspondance du marechal Saint-Arnaud*, tomo II, página 495.—*Scrive, Rapport médico-chirurgical*, pág. 106.
(2) Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, pág. 202.
(3) *Correspondance*, tomo II, pág. 589.

cuatro y media las detonaciones se oían con menos frecuencia, y poco después cesaron del todo. A medida que avanzaba la tarde circularon rumores desagradables, pero vagos todavía y contradictorios; por fin, un correo enviado por el príncipe Menschikof anunció que el ejército, obligado á batirse en retirada, acababa de instalar su campamento en la orilla izquierda del Katcha.

La ansiedad fué grande y ciertamente justificada. Sebastopol, protegida por el lado del mar por obras formidables, hallábase por la parte de tierra casi sin murallas, tan inverosímil se había juzgado siempre la presencia de algún gran ejército europeo en aquellas apartadas regiones; y aunque en distintas épocas ciertos presentimientos del porvenir habían inspirado grandiosos planes de defensa, estos planes, de larga y costosa ejecución, habían sido aplazados año tras año ó sólo realizados de una manera muy incompleta. Aparte del ejército que resistía al enemigo en campo abierto y que estaba indudablemente debilitado por su derrota, los recursos inmediatamente disponibles de la guarnición no pasaban entonces de diez batallones (4). El enemigo, acampado en la meseta del Alma, encontrábase á seis leguas solamente de la ciudad, y los rusos le suponían exaltado por su victoria ó se complacían en exagerar su fuerza numérica ó su armamento. La invasión de Crimea había sido considerada temeraria; pero una vez acometida la empresa, nadie creía que los aliados se detuvieran á mitad del camino de sus audacias, y era general la creencia de que el coronamiento de la batalla del Alma sería un ataque á viva fuerza contra Sebastopol.

Mas, á pesar del peligro inminente, la alarma no generó en pánico; hubo inquietud, no terror. La población de Sebastopol era poco numerosa, pues no pasaba de 42.000 habitantes, de los cuales 35.000 pertenecían por diversos títulos al ejército ó á la armada (5); y la ausencia casi completa del elemento civil dejaba toda la necesaria latitud á la defensa aun para las medidas más extremadas, no siendo de temer ni los consejos tímidos engendrados por el miedo ni los movimientos facciosos que hacen irreparables las derrotas. Para aquellos marineros acostumbrados á los continuos peligros de la vida naval, para aquellos soldados amoldados á la ruda disciplina de los campamentos, la prueba, por grande que fuese, no tenía nada de espantosa; los más exaltados veían en ella una ocasión de cubrirse de gloria; los demás á ella se sometían con varonil resignación, tanto por fe religiosa cuanto por patriotismo. Todos tenían confianza en sus jefes, de quienes sabían que eran valientes, abnegados y resueltos. Dos de ellos, sobre todo, gozaban de grandes simpatías: el vicealmirante Nakhimof y más aún el mayor general de la armada, Khornilof, ambos modelos cumplidos de todas las virtudes militares. A estos nombres, conocidos y amados desde hacía mucho tiempo, comenzaba el ejército á asociar otro, el del teniente coronel Todleben, joven ingeniero, recién llegado de las orillas del Danubio, cuyos planes audaces y sabios habían de ser, según se decía, garantía de salvación para Sebastopol.

El día 21, el ejército vencido, después de haber re-

(4) Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, pág. 210, y Apéndice, págs. 44 y 45.
(5) Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, pág. 79.

pasado el Belbek, entró de nuevo en la ciudad, adonde había llegado ya la noche antes Menschikof. Devorado por el despecho de la derrota, mientras se alejaba del campo de batalla había cruzado por el espíritu del príncipe un plan de una energía casi salvaje, al que no tardó en aferrarse con todo el ardor de una resolución desesperada. Así como le parecía inminente un ataque contra Sebastopol, así también comprendía que para que este ataque se viera coronado por un éxito cierto era preciso que estuviere combinado con un movimiento ofensivo de las escuadras que forzarán la rada y cubrieran con sus fuegos la ciudad y el puerto; de aquí que reducir á la inmovilidad á las flotas enemigas equivaldría á privar á los aliados de la mitad de sus medios de acción y á asegurar á los defensores de Sebastopol una probabilidad favorable inesperada. Para lograr tal propósito, Menschikof decidió hacer impracticable el paso de la rada, echando á pique á la entrada de la misma algunos de sus mayores buques; y aunque el sacrificio era duro, parecióle que bien lo valía la salvación de la plaza. Y habiendo encontrado no lejos de la ciudad á Khornilof, que había salido á recibirle, comunicóle sus proyectos, ó mejor dicho, sus órdenes, porque tenía autoridad sobre la marina lo mismo que sobre las fuerzas de tierra y era en toda la Crimea el representante supremo del zar.

Khornilof había trabajado más que nadie en la formación laboriosa de la escuadra, y entre aquellos buques anclados en la rada no había uno solo que no representara á sus ojos una porción de la patria; por esto sin pérdida de momento convocó un consejo de almirantes é intentó substituir el plan de Menschikof con otro muy diferente, tan arriesgado como heroico. En vez de sacrificar los barcos en una destrucción sin honor, propuso que salieran del puerto, se dirigieran mar adentro y atacaran á la escuadra anglo-francesa, anclada cerca del cabo Lukul; en caso de que obtuvieran una victoria, los aliados, privados de sus comunicaciones y de sus aprovisionamientos, quedarían como prisioneros en tierra de Crimea y terminaría de un golpe la campaña; y si la suerte se mostraba adversa, cada uno de los buques rusos se arrimaría á un buque enemigo, y haciéndose volar juntos, se hundiría y perecería de muerte más gloriosa que la victoria misma. Al oír este lenguaje, la emoción se apoderó de los corazones, pero el convencimiento no pudo penetrar en las inteligencias, pues nadie ignoraba la superioridad de las flotas aliadas, desde el punto de vista así del número de unidades como de su armamento. El plan de Menschikof tenía la ventaja, no sólo de paralizar la escuadra enemiga, sino también de dejar disponible para la defensa el personal de los barcos sacrificados. El consejo, pues, se negó á asociarse á la grandiosa temeridad de Khornilof, quien, habiendo insistido nuevamente cerca del príncipe, recibió por toda respuesta una orden, aquella vez perentoria y que no dejaba más alternativa que rebelarse ó someterse.

El valiente almirante, viéndose obligado á obedecer, escogió entre los buques más viejos cinco navíos y dos fragatas y los colocó en la entrada del canal, atravesados en la rada, entre las baterías Constantino y Alejandro, y luego los despojó de su velamen, pero no de su artillería, ya porque confiase todavía en un cambio de

resolución, ya porque en previsión de un ataque posible no quisiera desarmarlos hasta última hora. A las seis de la tarde del día 22, izóse la bandera en la ciudad: era la señal para comenzar la destrucción; entonces se desembarcaron los materiales, hecho lo cual abriéronse á hazazos en los costados de los buques brechas por donde se precipitó ruidosamente el agua. Al día siguiente, al despuntar el alba, tres de aquellos barcos estaban sumergidos y sólo flotaban algunos restos de su arboladura; otros tres resistieron largo tiempo y se les vió hundirse poco á poco hasta que una última ola los arrastró al abismo. Los marineros asistían con el corazón oprimido á aquella inmolación, unos viendo pasar en su memoria los recuerdos que iban unidos á aquellos edificios flotantes; otros asombrados de que se hubiese preferido el suicidio al combate; otros, sin embargo, más confiados en la sabiduría de sus jefes, pensaban en su memoria los recuerdos que iban unidos á aquellos edificios flotantes; otros asombrados de que se hubiese preferido el suicidio al combate; otros, sin embargo, más confiados en la sabiduría de sus jefes, pensaban en su memoria los recuerdos que iban unidos á aquellos edificios flotantes; otros asombrados de que se hubiese preferido el suicidio al combate; otros, sin embargo, más confiados en la sabiduría de sus jefes, pensaban en su memoria los recuerdos que iban unidos á aquellos edificios flotantes.

Mucho antes de la noche todo estaba consumado, y únicamente un leve remolino de las ondas al chocar contra un obstáculo invisible indicaba el sitio en donde aquellas embarcaciones habían quedado sumergidas (1). El mismo día, las tripulaciones de esos buques fueron incorporadas á las tropas de tierra, siendo este el primer fruto del sacrificio; y gracias á esta medida el efectivo de la guarnición se elevó á unos 17.000 hombres (2), número que en un caso extremo podía aumentar en una tercera parte, ya por incorporación de los obreros de los arsenales, ya por alistamiento de los marineros que habían quedado á bordo de los barcos conservados. Menschikof, confiando en estas fuerzas y queriendo conservar sus comunicaciones con el resto del Imperio, salió de la ciudad con su ejército y se dirigió á Batchi-Serai, sin otro propósito que defender el campo contra el enemigo y aprovecharse de las ocasiones que la suerte le deparase; y antes de partir hizo entrega del mando de Sebastopol al teniente general Moller. Nakhimof quedó encargado de la defensa de la costa meridional de la rada, y á Khornilof se le confió la de la orilla septentrional y del fuerte del Norte, que se suponía serían el objetivo principal del enemigo. El día 24 de septiembre señalóse la presencia de los ejércitos aliados en las márgenes del Belbek, y tan cerca estaban que podían seguirse todas sus evoluciones y hasta observarse el movimiento que reinaba en su campamento, y nadie puso en duda que al día siguiente emprenderían el ataque. Khornilof, secundado por Todleben, completó á toda prisa algunas obras de campaña, elevó los parapetos del fuerte del Norte y terminó el armamento de las baterías comenzadas. Al amanecer del 25, todo el mundo estaba

(1) Véase acerca de este episodio Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, pág. 219.

(2) Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, pág. 221, y Apéndice, pág. 49.